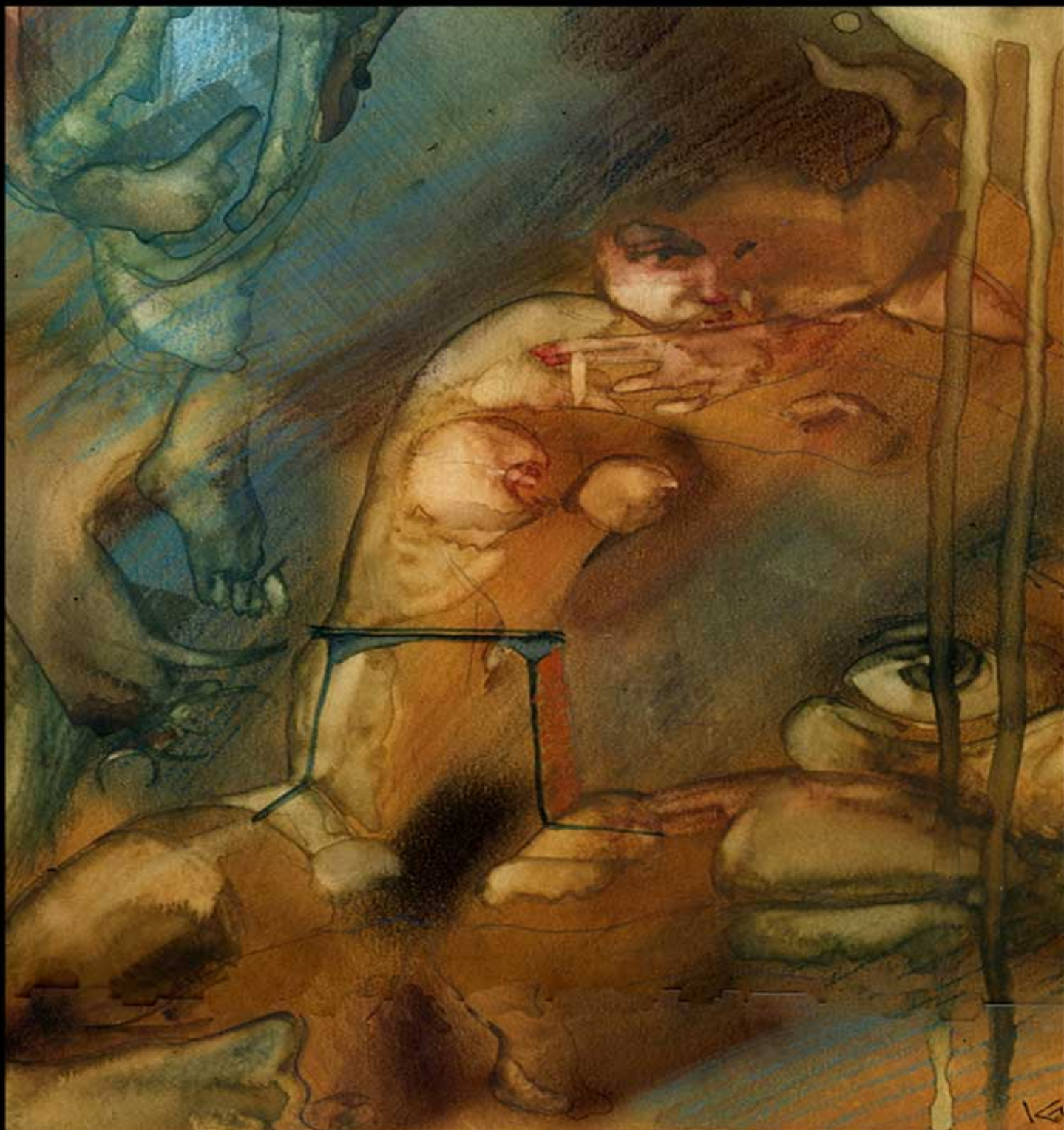


El inquilino



Osvaldo Contreras Iriarte

TOLEMA

El inquilino nos introduce en las entrañas de la miseria humana. Un cura, una maestra, vecinas, vecinos con historias que se entrelazan sin que falten la desaparición de personas, los ocultamientos, la perversidad que nos dejó una época de plomo.

Índice

[El inquilino](#)

[Osvaldo Contreras Iriarte](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Tercer parte](#)

[Sobre el autor](#)

Contreras Iriarte, Osvaldo

El inquilino / Osvaldo Contreras Iriarte.-1a ed. - Gualeguaychú: Tolemia, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-3776-17-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas de Suspenso. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: Noviembre de 2020

Ilustración de portada: Carlos Killian ("Enjaulada")

Diagramación de portada: Martín Malamud.

Fotografía del autor: Andrés F. Negroni.

Conversión a eBook: Daniel Maldonado

ISBN 978-987-3776-17-5

El inquilino

Oswaldo Contreras Iriarte

Tolemia, 2020.

El inquilino

Osvaldo Contreras Iriarte

ANTES

¿Por qué los cerros bajos como destino? se preguntó más de una vez Desgastado Fernández. La respuesta no la obtuvo de inmediato: la fue descubriendo con el paso del tiempo, lentamente, como si pasara por un decantador de líquidos.

Fueron los días los que se sucedieron cansinos y, sin proponérselo, recibió su destino como una lluvia de ideas que dejó un brillo de libertad en sus ojos maravillados por el descubrimiento de una nueva vida. Sumamente cansado por la rutina laboral y asqueado por los valores sociales que se desgranaban día a día, Desgastado tomó una decisión trascendental que marcaría profundamente su vida.

Hacía años que la situación en su hogar estaba estancada, los hijos habían partido para hacer su vida y él subsistía junto a su esposa. Como casi no tenían diálogo, ni nada que se le pareciera, Desgastado consideró que la relación era irrecuperable y tomó la decisión en un momento de crisis. Había llegado al punto de que le molestara la sola presencia de su compañera.

Decidieron separarse civilizadamente. A ella, recíprocamente, la presencia de Desgastado la molestaba.

La oficina donde estaba empleado también sufrió las consecuencias del hartazgo: jefes y compañeros habían dejado de tener cabida en la valija de lo cotidiano. Por eso, una mañana, se dirigió directamente a la dirección de personal y presentó la renuncia. A nadie le importó demasiado, sólo dos personas le preguntaron si había

conseguido algo mejor. Respondió que no para no dar explicaciones.

Apenas pisó la calle, en pleno centro de la ciudad, comenzó a sentirse libre. No quería seguir haciendo la vida que había realizado durante años. Recordó que uno de sus abuelos, entre otras cosas, fue buscador de oro. Y como nunca encontró ni una miserable pepita, vivió de changas, libre como el viento. ¿Por qué no imitar esa forma de vida? ¿Por qué no probar ahora que era libre?

Regresó a su departamento, hizo la valija con lo necesario, juntó fotos de sus hijos que no veía desde hacía casi un año y partió sin rumbo fijo. En “El viejo bar” de Córdoba y Jean Jaurès, tomó un café como pretexto para ordenar las ideas. Mientras observaba girar la cucharita en el pocillo, le llamó la atención la facilidad de su decisión, tal vez el aguacero, intuyó, llegaría en otro momento. Varios minutos se quedó ensimismado, mirando la mesa verde con bordes de madera, hasta que lo sacó de sus pensamientos la máquina de café exprés que bufaba pedido tras pedido a esa hora de la mañana. La plaza estaba vacía, era muy temprano: ni enamorados, ni niños jugando, sólo el placer.

La determinación estaba tomada. ¿Por qué no continuar los pasos dejados por aquel abuelo buscador de la utopía del oro? Aunque, quien sabe, tal vez la importancia no estaba en encontrar oro, si no en su auténtica vida. Sentía un mandato ancestral que lo empujaba hacia lo desconocido.

Buscar era simplemente una idea. Escudriñar lo que sabía de antemano que era casi imposible y, sin embargo, era la puerta para poder acercarse a otra manera de vivir, ponerle el cuerpo a otro tipo de tareas que no le quemaran el cerebro. *¿Cuántos años de vida útil me quedan?*

La estación de Retiro aparecía atestada de personas y valijas, micros que entraban y salían. Los choferes subían

bártulos a los transportes a toda velocidad para poder cumplir con el horario.

Una vez sentado, sin compañero a su lado, se quedó profundamente dormido. Creyó haber soñado...pero como siempre, no recordaba nada.

A mitad de camino se despertó en una de las paradas, bajo a orinar y a tomar un café fuerte para despejarse... pero el elixir no logró el objetivo, volvió a apoltronarse en el asiento para dormirse y seguir soñando.

Llegó a destino casi sin pensarlo, como llevado por una mano invisible. El micro estacionó en la única dársena libre, aunque la última vez que pasó por "El Pago", recordó, no había terminal. La que construyeron era muy pequeña, sólo tenía capacidad para cuatro micros, pero más no hacía falta.

El pueblo no había cambiado demasiado: sobre la calle principal la misma pizzería que tenía un sector de bar con un pequeño reservado y al fondo del local, pasando el horno, el lugar donde los parroquianos bebían sus copas diarias en horarios casi exactos. Aunque no tenía conocidos en ese poblado, pronto se los hizo al comentar lo de su abuelo, conocido como el loco del oro. Fue entonces que, asesorado por algunos vecinos, pudo utilizar la vieja estación ferroviaria como vivienda. Tenía un amplio ambiente disponible que en otros años funcionó como sala de espera y, pared por medio, otro salón era la biblioteca. Cruzando el andén, un tala enorme cobijaba una cantidad sorprendente de pájaros, especialmente jilgueros, que al mediodía cantaban hasta fortalecer el espíritu de Desgastado.

Aparecieron las primeras changas: cortar pasto y hacer arreglos caseros. Desgastado Fernández comenzaba a vivir una libertad que nunca imaginó. Entre mate y mate en los horarios libres, que eran varios y administrados como le

complacía, se le ocurrió que tanta felicidad lo abrumaba y hasta le daba temor. *¿Por qué no me permito ser feliz?*

La felicidad comenzó con el ordenamiento de su vida. Compró un carro con llantas y cubiertas de auto, más una yegua de mediano porte y edad. *“Para el trabajo a realizar está más que bien”.*